

Patria y nación: Leguía durante el centenario de la Batalla de Ayacucho

Recibido: 31/03/2015
Aprobado: 04/05/2015

José Chaupis Torres
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
<jotache5@hotmail.com>

RESUMEN

El centenario de 1921 fue celebrado bajo una retórica que mezclaba el nacionalismo principalmente con elementos de indigenismo, hispanismo e hispanoamericanismo y el patriotismo con elementos de republicanism y panamericanismo. En el centenario de 1924 si bien se mantiene el discurso nacionalista y patriótico el primero será desplazado por el segundo. Esto buscará ser estudiado a través del análisis de los discursos pronunciados por Leguía así como empleando las editoriales, artículos y notas aparecidas en las dos principales revistas culturales y de espectáculos como fueron *Varietades* y *Mundial* y complementariamente en la prensa diaria. La presente investigación se estructurará en dos partes. En una primera parte se buscará indagar sobre el proyecto político cultural de la Patria Nueva, en una segunda parte se estudiará cómo se expresó el discurso oficial mayormente de base patriótica y menos nacionalista durante la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho (1924).

PALABRAS CLAVE: Patria Nueva, centenario, nacionalismo, patriotismo, Ayacucho.

Homeland and nation: Leguia during the centenary of the Battle of Ayacucho

ABSTRACT

The centenary of 1921 was celebrated under a rhetoric that mainly mixing nationalism with elements of indigenism, hispanism and hispanicamericanism and patriotism with elements of republicanism and Pan-Americanism. On the centenary of 1924 while the nationalist and patriotic speech remains the first will be displaced by the second. This will seek to be studied through the analysis of the speeches delivered by Leguía as well as using the editorials, articles and notes appeared in the two main cultural and entertainment magazines such as *varieties* and *World* and complementarily in the daily press. This research will be structured in two parts. In the first part will seek to investigate the cultural political project of the new fatherland, in a second part will study how the official discourse was expressed mostly patriotic base and less nationalist during the celebration of the centenary of the battle of Ayacucho (1924).

KEYWORDS: Patria Nueva, centennial, nationalism, patriotism, Ayacucho.

Introducción

Historiográficamente los estudios históricos con respecto al siglo xx han tenido como frontera temporal el Oncenio de Leguía (Aguirre, 2008: 268). A pesar de ello, las investigaciones sobre este período tan importante en la historia peruana sigue en algunos aspectos estando lleno «de mitos, de opiniones polarizadas e incluso opiniones oportunistas» (Irurozqui, 1994: 98). También mucho de lo que se sabe actualmente sobre el Perú de Leguía «es producto de una leyenda negra que comenzó a formarse apenas se derrumbó la dictadura en 1930» (Drinot, en prensa). En ese sentido no debe sorprendernos lo relativamente escaso de nuestro conocimiento sobre el segundo gobierno de Leguía, más aún cuando se han conmemorado recientemente los 150 años de su nacimiento, se torna necesario incrementar las investigaciones sobre este período.

Es así como intentaremos comprender parte de la complejidad del Oncenio de Leguía a partir del estudio de la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824, cuando España reconoce la independencia del Perú. Los años de las conmemoraciones centenarias de la proclamación de la independencia (1921) y la batalla de Ayacucho (1924) corresponden a los llamados por Jorge Basadre de lucha (1920-1925), donde Augusto B. Leguía enfrenta a las elites dominantes buscando fortalecer el régimen de la Patria Nueva. Entre ambas celebraciones centenarias se pueden observar diferencias, mientras que en el primer centenario (1921) su acción de lucha es «democrática» (Caravedo, 1977), apoyándose en los nuevos sectores industriales y grupos medios y populares contra la oligarquía y el gamonalismo, que buscaban ser reestructuradas para impulsar su proyecto progresista y modernizador con elementos tradicionalistas, bajo una retórica que mezclaba el nacionalismo principalmente con elementos de indigenismo, hispanismo e hispanoamericanismo y el patriotismo con elementos de republicanismismo y panamericanismo. En el segundo centenario (1924) si bien se mantiene el discurso nacionalista y patriótico, el primero será desplazado por el segundo, debido a los intentos por legitimar su régimen después de su primera reelección en 1924, tanto externamente con los países

vecinos y su principal aliado los Estados Unidos de Norteamérica, como internamente lo que terminó por abandonar su lado «democratizador» por uno autoritario, represivo, prebendista, etc. Es así como la presente investigación se estructurará en dos partes. En la primera se buscará indagar sobre el proyecto político cultural de la Patria Nueva a partir de sus variaciones temporales. En la segunda se estudiará el discurso oficial de base patriótica durante la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho (1924), y cómo fue recogido por las revistas culturales y de espectáculos como *Varietades* y *Mundial*.

La Patria Nueva y el centenario de Ayacucho

La conmemoración del centenario de Ayacucho fue utilizada por Leguía para publicitar las reformas emprendidas durante su primer gobierno amparado en el concepto de la Patria Nueva, y que deberían proseguir en el recientemente iniciado segundo gobierno. Todo ello respondía, como lo señala Orrego (2014: 177), a la «vieja tradición barroca de la fiesta como práctica de poder», la tradición barroca colonial se unía con la modernidad de las fiestas cívicas republicanas. En el acápite *La labor del próximo quinquenio* del documento anónimo *La reelección de Leguía* (1924: 55-57) se escribe que el «próximo quinquenio promete, pues, ardua tarea, para encaminar en unos casos, para adelantar en otros, las iniciativas emprendidas». Esto logrará el encumbramiento internacional del Perú «hoy iniciado con la prestigiosa celebración del Centenario, en breve confirmado por el progresivo crédito que ha de ganar el Perú, conquistando sitio distinguido en el concierto internacional». Por su parte la revista *Mundial* (octubre, 1924) señala que ante la «consagración de su nuevo mandato presidencial y en hora tan solemne, en que por tercera vez dirige los destinos de la Patria, solo queda por decir que la nación entera exige de él la realización de todas aquellas grandes obras que su videncia extraordinaria ha planeado para la grandeza de la República y cuya cristalización material serán el punto de un Perú nuevo por su prosperidad y nuevo también por su pujanza».

Dentro de este esfuerzo por parte del régimen leguista se puede observar una actitud ambigua, ya que por un lado difundió un discurso modernizador



desarrollista destacando el alto grado de civilización al que se había alcanzado desde una perspectiva positivista, al enfrentarse sin contemplaciones a sus enemigos civilistas y emprender importantes reformas económicas, políticas y sociales. Para ello resaltó una retórica patriótica de base republicana y panamericana; del primero exaltó el espíritu fundacional y de ruptura que significó la independencia (Casalino, 2006: 287) y que la Patria Nueva reencarnaba; del segundo la unión de toda América anglosajona e hispánica actuando mancomunadamente en defensa de sus intereses comunes (Manzur, 2012), necesario para el desarrollo del continente. Por otro lado, se resaltó un discurso que lindaba con lo tradicional, en la medida que difundió una retórica nacionalista de base virreinal defensora del catolicismo y la lengua española, en confluencia con la herencia prehispánica de las culturas andinas principalmente incaica. Complementariamente a esta retórica del mestizaje de lo indígena e hispano como bases de la nación peruana, se apeló al concepto de raza entendida como los lazos que unen a ambas culturas, aunque sin una connotación étnica (Martínez Rianza, 1993: 282). A partir de aquí proclamó un discurso hispanoamericanista que buscaba estrechar las relaciones entre los países hispanoamericanos y España (Martínez de Velasco, 1981: 175).

Con esto no solamente buscó legitimarse internamente ante la burguesía industrial y los sectores medios y populares, a estos últimos les fueron quitando paulatinamente su radicalismo para un mejor control de los mismos ante las limitaciones a la autonomía política de los sectores oligárquicos y gamonalistas. También buscó legitimarse externamente con los países vecinos —aún quedaba pendiente con Chile la solución sobre los destinos de Tacna y Arica— y principalmente con los Estados Unidos de Norteamérica, quien se había convertido en el principal aliado del régimen al desplazar a los capitales ingleses del Perú.

La forma como se buscó concretizar estas formas legitimadoras fueron a través de diversas actividades ceremoniales y rituales públicos,¹ que incluyeron la

inauguración de monumentos,² museos y salas de museos,³ avenidas, exposiciones internacionales y ferias industriales;⁴ la entrega de medallas y difusión de estampillas conmemorativas; la lectura de discursos conmemorativos. A esto habría que agregar la organización de diversas recepciones y agasajos; bailes y banquetes;⁵ carreras de caballos, actividades deportivas,⁶ funciones de teatro y veladas artísticas, paradas militares y desfiles de honor⁷ que prolongaron las celebraciones por varios días (Martuccelli, 2006: 270).

El medio que emplearemos para comprender el proyecto político cultural del régimen de la Patria Nueva durante la fase autoritaria caudillesca, será el del análisis de los discursos pronunciados por Leguía ante los representantes de las delegaciones extranjeras invitadas a participar de los actos conmemorativos del segundo centenario. También se tomará en cuenta la forma como este discurso fue reproducido y recreado por las revistas culturales y de espectáculos como *Varietades* y *Mundial*. Por ejemplo, Clemente Palma exalta en las páginas editoriales de *Varietades* (6 de diciembre de 1924) la imagen de la batalla de Ayacucho: «la batalla de Ayacucho está considerada como una de las acciones de guerra más trascendentales de la historia de la humanidad por el carácter decisivo que ha tenido en la vida del mundo». Para el caso de *Mundial* (9 de diciembre de 1924), podemos señalar el artículo titulado *El Nuevo Ayacucho*, en él se hace referencia a que «las actuales generaciones están llamadas a plasmar en la realidad inmediata, a fuerza de energía y de talento, los ya viejos anhelos de nuestros antecesores, renovados a la luz de las utopías nuevas».

Italia, Bélgica, Francia, Guatemala, Portugal, Uruguay, Venezuela, entre otras.

- 2 *El Comercio*, 10 de diciembre de 1924. Aquí se destaca la magnificencia en la inauguración del monumento a Antonio José de Sucre.
- 3 *Ciudad y Campo*, agosto/septiembre de 1925. En esta edición se destaca la inauguración del Museo Bolivariano. En la edición de *El Comercio* del 13 de diciembre de 1924 se resalta la inauguración del Museo Arqueológico Nacional.
- 4 *El Comercio*, 25 de noviembre de 1924. Aquí se resalta la Exposición Agrícola del Centenario de Ayacucho.
- 5 *El Comercio*, 9 de diciembre de 1924. En esta edición se destaca el banquete ofrecido en Palacio de Gobierno para todas las delegaciones extranjeras que visitaron el Perú.
- 6 *Varietades*, 6 de diciembre de 1924. Se hace mención del III Concurso Panamericano, evento deportivo que se clausuró el día 29 de noviembre de 1924.
- 7 *Mundial*, 16 de diciembre de 1924. Aquí se resalta el desfile militar donde participaron las delegaciones invitadas.

1 *Varietades*, 6 de diciembre de 1924. En esta edición se destaca el recibimiento de las embajadas y delegaciones extranjeras, entre los que destacan las de Paraguay, Colombia, Panamá, Bolivia, Brasil, Argentina, Yugoslavia, Siam (reino que comprendía lo que actualmente es Tailandia, Camboya y Laos), Dinamarca, Noruega,

Las fiestas llevadas a cabo para celebrar el centenario de la batalla de Ayacucho en diciembre de 1924, fueron más suntuosas que las realizadas para conmemorar el primer centenario de la independencia en julio de 1921 (Basadre, 2005: 101). Las delegaciones acreditadas que llegaron al Perú fueron treinta, siendo más numerosas que las llegadas para las celebraciones del primer centenario, estando compuestas por personalidades de reconocido prestigio. Estas delegaciones pronunciaron diversos discursos frente a Leguía o los representantes gubernamentales, los cuales respondieron con sendos discursos que fueron recopilados en un libro editado por la Secretaría del Presidente Leguía bajo el título de *El Perú en el Centenario de Ayacucho* (1925), los mismos que fueron en gran parte reproducidos por la prensa como fueron las revistas culturales y de espectáculos. A esto habría que sumarle los números especiales que se le dedicaron en diversos periódicos y revistas, además de las crónicas monográficas hechas por peruanos y extranjeros. Sobre las primeras podríamos mencionar los números especiales de *Varietades* y *Mundial* dedicados íntegramente a hacer una reivindicación histórica de la gesta de Ayacucho⁸ como de las actividades llevadas a cabo.⁹ Se resalta sobre todo el carácter continental de la celebración de la batalla de Ayacucho, rindiendo homenaje al «libertador de Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú y creador de la república de Bolivia» (*Varietades*, 6 de diciembre de 1924). Con relación a las segundas podríamos mencionar las realizadas por el delegado de Costa Rica Rogelio Sotela (1925: 15) *Crónicas del centenario de Ayacucho en Lima* donde escribió resaltando los actos celebratorios que «se complació el espíritu con todo lo que puede encantarle y gozó con todo lo que puede deleitar a los sentidos y el alma»; el de Colombia José M. Saavedra Galindo (1925: 32) *Crónicas de Lima. Recuerdos del centenario de Ayacucho (1924)* escribió destacando la unión continental que permitió las fiestas centenarias que «el Gobierno del Perú ha reunido sabiamente en Lima a los representantes y a

las banderas de los pueblos soberanos de todo el mundo conocido hermanándolos en esta solemnidad». No olvidemos tampoco los textos especialmente editados para recordar la hazaña de Ayacucho como de Enrique D. Tovar y R. (1925) *Tierra de promisión Chimbote. Homenaje al centenario de la batalla de Ayacucho* y Luis Humberto Delgado (1924: 1) *Álbum de Ayacucho en ocasión del primer centenario de la batalla de Ayacucho*, donde escribe

Ahora que va a conmemorarse el primer Centenario de la Batalla de Ayacucho, que consolidó la estructura de las democracias libres de América, ha reunido en este álbum algunos recuerdos evocadores de la Gran Epopeya emancipadora, uniéndolos a un núcleo de hombres del Perú de hoy. Ninguna personalidad del país, más indicada que vos, Señor presidente, para recibir este modesto homenaje que es, en vuestra persona a la Patria.

Con relación a los discursos pronunciados por Leguía señala Pedro José Rada y Gamio en la presentación de *El Perú en el Centenario de Ayacucho* (1925: XIII) que recibe a las delegaciones «en discursos memorables, en que dice a cada país algo de lo que le es peregrino y peculiar, con feliz galanura de estilo y austera justeza de concepto». Para Leguía en Ayacucho «culmina el drama de la Independencia, que está hecho de triunfos y derrotas, de alegrías y dolores, de lágrimas y sangre, de martirio y heroísmo, como todos los grandes sucesos humanos que han cambiado los destinos del Universo» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 24).

Las diversas celebraciones llevadas a cabo entre el 9 y el 16 de diciembre de 1924 fueron organizadas por la Oficina Informativa del Centenario adscrita al Ministerio de Relaciones Exteriores, la cual estaba dirigida por Manuel A. Bedoya, el Secretario Inspector de Prensa Edgardo Rebagliati, el Inspector de Informaciones Eduardo Granda, el Inspector de Alojamientos y Transportes Galdos y el Inspector de Ceremonias y Fiestas José Chueca (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 360-366). La Municipalidad de Lima a través de su Junta de Notables nombrada por el Ministerio de Gobierno, es decir el mismísimo Leguía, organizó su propio programa de actividades que se llevaron a cabo entre el 6 y 18 de diciembre de 1924, es decir comenzó antes y terminó después a las celebradas por el Ejecutivo.

8 *Varietades*, 6 de diciembre de 1924. En esta edición se incluyen biográficas dedicadas a figuras como José María Córdova, José La Mar, Andrés Santa Cruz, Trinidad Morán, Mariano Necochea, Agustín Gamarra, José María Plaza, Isidoro Suarez entre otros.

9 *Mundial*, 16 de diciembre de 1924. Aquí destaca el artículo *Lo que deja el centenario* donde se hace una semblanza del Panteón de los Próceres de la República, el Palacio Arzobispal, el Hospital Arzobispo Loayza, el Monumento a Sucre, el Hotel Bolívar y la Avenida Progreso.



La exaltación del discurso patriótico

Para entender el proyecto cultural leguista hay que realizar un análisis del concepto patria durante el contexto de celebración del segundo centenario. Si bien los conceptos son polisémicos y cambiantes, este fue usado constantemente por Leguía. Aplicando a nuestro trabajo el estudio en torno al concepto patria realizado por David Velásquez (2010), podemos señalar que Leguía lo empleó y manipuló para darle un sentido político de carácter territorial al Perú, cuando aún estaban pendientes por resolverse problemas limítrofes con algunos países vecinos como Chile, que no fue invitado nuevamente para las celebraciones de este segundo centenario. Incluso lo proyectó a todo el continente visto como la gran patria en clave panamericanista.

Este carácter territorial que equiparaba a la patria con el Perú incluía «una amplia comunidad política formada por un pacto para fines comunes» (Velásquez, 2010: 118). Su carácter abstracto le permitía vincularlo con los conceptos de libertad negada por el civilismo, por ello la Patria Nueva buscó legitimar sus reformas aplicadas durante el primer gobierno exaltando una ruptura con este pasado cercano, planteando una promesa de prosperidad hacia el futuro. Esta evocación de la patria como tiempo nuevo, una «promesa de felicidad y bien común» (Velásquez, 2010: 121), debía ser vista también como un sujeto colectivo activo. Así la Patria Nueva vista como una entidad abstracta contaba con voluntad, intereses o integridad, la cual debía ser una causa colectiva que se expresaba a través del patriotismo entendido como «la acción desinteresada de los ciudadanos a favor del bien común» (Velásquez, 2010: 124).

Durante el centenario de Ayacucho el giro autoritario buscó institucionalizarse a partir del fortalecimiento del Estado y de la figura del caudillo, por ello el gran protagonista será el mismo Leguía¹⁰, quien fue equiparado por sus seguidores al mismo nivel que San Martín, Bolívar, Washington, etc. (*Mundial*, 16 de diciembre de 1924). La apelación a la patria se hizo más política vinculando al individuo al Estado, al cual se le debía sujeción y fidelidad, esta unidad en torno al Estado buscaba evitar el disenso siendo un

concepto político aglutinador. Esto puede observarse con nitidez en *Variedades* (6 de diciembre de 1924) donde se hace una especie de homenaje a todos los personajes que participaron activamente en la lucha contra la dominación extranjera, pero principalmente de Bolívar como libertador y defensor de la patria.¹¹ En *Variedades* (6 de diciembre de 1924) la apología a Bolívar se expresa en el recorrido que hace por todo el Perú buscando consolidar la independencia, hay artículos de la acción de Bolívar en Pativilca, Trujillo, Tacna, Ica, Lima, Cusco, etc.

La política patriótica fue reforzada con el discurso republicanista, en la medida que se buscaba romper con el pasado inmediato del civilismo se exaltó el pasado glorioso de los próceres, precursores y héroes, buscando el leguismo ser visto como un momento fundacional (McEvoy, 1997: 59). Esto se ve más claramente en *Variedades* que en *Mundial* donde junto a los más importantes próceres, precursores y héroes de los sectores de elite aparecen los populares como las guerrillas indígenas. En la inauguración del monumento de Sucre, Leguía expresará que «Alimentar el fuego sagrado del culto a los héroes y fortalecer los pueblos la preciada herencia de las virtudes cívicas que ellos nos legaron, es uno de los más premiosos que mi Gobierno se ha impuesto» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 435). Para esta renovación del pacto republicano con un claro sentido disciplinador de carácter cívico moral se defendió el trabajo, la virtud, la decencia, el sacrificio, superponiendo el bien de los conciudadanos al interés personal. Esta regeneración moral de la política iba de la mano con el surgimiento del ciudadano virtuoso y libre (McEvoy, 2001: 63-73), el cual debía fortalecer al Estado, al que accedería a través del mérito y el talento. La apelación al imaginario republicano le permitió a Leguía conciliar las tendencias individualistas defensoras de la libertad y comunitaristas defensoras del bien común. Esto fue importante en la medida que el leguismo para legitimarse políticamente tuvo que apelar a la memoria colectiva en torno a determinados principios y valores.

10 *Variedades*, 6 de diciembre de 1924. Aquí se menciona como durante los años de Leguía se han visto restituidos los ideales de Bolívar y se ha producido una reconstrucción democrática.

11 Se dedica una semblanza a los héroes de Ayacucho, a los generales: Olavarría, Baltazar Caravedo, Francisco de Paula Otero, Domingo Nieto, Felipe Santiago Salaverry, José M. Raygada, Pedro Bermúdez, Manuel Ignacio de Vivanco, Juan P. Fernandini, Bartolomé Salom, Miller, Juan C. Torrico, Juan A. Pezet. Coroneles: Daniel Florencio O'Leary secretario del Libertador, Benito Arróspide, Juan J. de Loyola y a Miguel de San Román.

El 6 de diciembre de 1924 en la Universidad de San Marcos Luis Varela Orbegoso (1924: 4) hace un sentido homenaje a los próceres de la independencia, cuya epopeya culminada en Ayacucho fue el triunfo de las grandes ideas que «germinaron en San Marcos». Para Leguía Ayacucho es «una especie de Olimpo guerrero en donde todos los héroes locales se trasfiguran para convertirse en héroes americanos» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 248). *Variedades* (6 de diciembre de 1924) en su nota escrita por Horacio Urteaga titulada *Ayacucho, ideal de americanismo* escribe que «Ayacucho selló, por fin, el libro de la libertad. En este epílogo del gran drama de la emancipación, se rescató la nacionalidad que había revelado su potencia en un siglo de levantamientos con un martirologio de héroes y proscenios memorable». La conformación del Panteón de los Héroes¹² como un conjunto de personas privilegiadas que adquieren carácter cívico-sagrado para la sociedad (Casalino, 2006: 289), es resaltada por Leguía cuando señala que los «libertadores de América: sois los héroes del Continente. Quien quisiera proclamarnos héroes exclusivos de patrias egoístas, rebajaría el sentido humano de vuestra gloria. Por eso esta tumba no está destinada sólo a los héroes del Perú sino a los héroes de América» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 372).

Prueba de ello será el decreto del 19 de diciembre de 1924 por el cual los restos del maestro del libertador Simón Rodríguez fueron llevados de la Iglesia de Amotape al Panteón de los Próceres para ser inhumados. Así la política patriótica durante el centenario de Ayacucho fue reforzada complementariamente con el discurso panamericanista, el cual buscó encontrar sus bases en dos elementos: el primero de carácter geográfico en la medida que abarcaba todo el continente; el segundo de carácter histórico donde la América anglosajona y la América hispánica compartían experiencias comunes, como la conquista y la independencia de sus respectivas metrópolis (Morales, 2012). El panamericanismo sería entonces la unión o alianza de toda América incluyendo Estados Unidos de Norteamérica. El estudiante universitario Juan Mariano Velasco (1923: 86) se sumó a este an-

helo de hermandad al escribir que «con la misma fe y enérgica resolución con que lucharon nuestro padres por la libertad luchemos hoy para constituir la unidad de las naciones libertadas por Bolívar». Para Leguía «fomentar los sentimientos fraternos entre los pueblos del Nuevo Mundo ha sido una de las más constantes preocupaciones de mi Gobierno» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 228). El boliviano Moisés Ascarrunz (1925: 161) expresó que Leguía «inspira su política en los principios del más hondo, trascendental y puro americanismo, haciendo de la paz del continente de Colón un verdadero culto».

Sobre la base de esto Juan Carlos Morales Manzur (2012) plantea algunos principios constitutivos para un «gobierno internacional americano»: la independencia con relación a Europa; la comunidad de ideas políticas sustentadas en su mayoría en una utopía republicana; la integridad territorial contrario al derecho de conquista; la defensa del derecho en oposición a la fuerza para superar diferencias; la no intervención respetando la libertad e independencia de los estados; la igualdad entre todos los estados; la cooperación entre los estados para la promoción de sus intereses comunes. Estos elementos son recogidos por *Mundial* (9 de diciembre de 1924) en su artículo *América Libre* donde señala que

MUNDIAL rinde un homenaje de admiración y cariño a las naciones de América, sin excluir a ninguna en esta hora propicia a solidaridades y devociones. La conmemoración de Ayacucho es fecha tan común al Continente entero, que no es posible prescindir de ningún país, pues todos vieron su suerte al desenlace de tal batalla [...] Ayacucho significa dentro de un concepto amplísimo de americanismo, la fusión de todos los pueblos para conseguir la libertad, y más que eso la fraternidad indubitable e inevitable de la democracias de Suramérica, fraternidad hecha carne en esa jornada máxima, de la cual no es posible hablar sin descubrirse reverentes y sin que a los labios acuda un clamor de gloria.

En la década de los 20 estos principios retóricos de unión panamericanista entraron en pugna con los intentos de los Estados Unidos de Norteamérica por incrementar su influencia en los países americanos. El imperialismo norteamericano fortalecido con el fin de la Primera Guerra Mundial, se encontraba en

12 *Ciudad y Campo*, enero de 1925. En la portada de esta edición se observa la imagen del Panteón de los Próceres en la antigua iglesia de San Carlos. Ver también *El Comercio* del 11 de diciembre de 1924 para más información sobre su inauguración.



condiciones más favorables para llevar adelante la Doctrina Monroe de «América para los americanos», o mejor dicho para los norteamericanos en el sentido de establecer su hegemonía en el continente. Ante el Embajador Extraordinario de Estados Unidos de Norteamérica expresará Leguía que en Ayacucho si bien triunfaron los ideales de la libertad, fue proclamada antes en «vuestro gran país, bajo la inspiración de Washington, una de las más grandes figuras de la Historia» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 164). La Doctrina Monroe también fue reivindicada al señalar que sin «la oportuna declaración de vuestro Presidente Monroe, nuestra libertad habría sido precaria y las naciones libres del Nuevo Mundo habrían visto en más de una ocasión comprometido su autonomía». Frente al tan criticado materialismo norteamericano sostendrá Leguía que los «Estados Unidos constituyen el pueblo más idealista de la tierra y los que creen lo contrario se equivocan lamentablemente».

Una forma de amortiguar el expansionismo de los Estados Unidos manteniendo la unión en el continente era exaltar también la figura de Bolívar, quien era visto como el «Padre de la Libertad», «organizador de las democracias» frente al cual «debemos vivir perpetuamente unidos en la paz para cumplir su gran consejo de unión» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 25). No hay que olvidar que en este segundo centenario Venezuela envió la delegación más numerosa otorgándole un carácter eminentemente bolivariano a la celebración (Alzamora, 2013: 75). San Martín tampoco fue dejado de lado, en la inauguración de las salas Bolívar y San Martín del Museo Bolivariano¹³ Leguía manifestó que «Bolívar culminó la magna empresa, pero la Historia no separará a San Martín de Bolívar, porque ambos tuvieron igual misión y habían realizado el mismo esfuerzo» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 523). América tenía «que ser fiel a su tradición de libertad, democracia y confraternidad, los tres ideales por los cuales pelearon nuestros padres las batallas de la independencia» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 135). Bajo esa misma perspectiva Pío Max Medina (1924: V) haciendo referencia a las palabras dichas por Rowe, Presidente de la Unión Panamericana, con respecto a la celebración del centenario

de Ayacucho que la «gran herencia que las naciones de América han recibido de los héroes de Ayacucho, constituye la base moral sobre la cual descansan las Repúblicas americanas y sobre las que también reposa la democracia en América».

La exaltación del discurso nacionalista

Con relación al discurso de corte nacionalista se legitima en torno a tres elementos principales: indigenismo, hispanismo e hispanoamericanismo,¹⁴ a partir principalmente de su articulación con el pasado. Aplicando la teoría modernista de la nación de Benedict Anderson (2000) a Leguía habría que señalar que era entendida como un constructo cultural, una comunidad que debía ser imaginada creativamente, limitada a través de sus fronteras, soberana a partir de la garantía que le brindaba el Estado. Para la construcción de este proyecto nacional habría que «demostrar la antigüedad de la nación, eficiente en cincelar imágenes que buscaban la cohesión nacional del presente, procurando representar un pasado homogéneo y glorioso» (Dager, 2009: 157). Al respecto Ramón Gutiérrez (2006: 176) resalta que como producto de las celebraciones del centenario

De un extremo a otro del continente fraguamos retratos improbables y épicos de los fundadores y conquistadores o reivindicamos apasionadamente las bondades de nuestras culturas prehispánicas, seleccionando cuidadosamente los rasgos emergentes y aplanando las contradicciones para conformar unas «historias oficiales» lineales y encadenadas que permitían entendernos y asumirnos en plenitud como naciones autónomas.

Es así como la necesidad por parte del leguismo de elaborar un discurso unificador, terminó por integrar en una perspectiva de larga duración el devenir histórico de la nación, en la cual cada «etapa cronológica posterior debía de ser siempre más civilizada que la anterior» (Dager, 2009: 137). Leguía buscaba construir discursivamente una nueva «historia ofi-

13 *Ciudad y Campo*, agosto/septiembre de 1925.

14 *Variedades*, 6 de diciembre de 1924. En el artículo *Ayacucho, Ideal del Americanismo* Horacio Urteaga señala que «El indio proclamó la libertad del sirvo y la soberanía del Tahuantinsuyo, el criollo y el mestizo, la caída del régimen colonial despótico y el advenimiento de la república».

cial» para justificar su legitimidad histórica (Orrego, 2014: 178). Para ello había dos maneras de honrar el pasado «imitándolo en la creencia de que el presente le es inferior, lo cual contraría la ley del progreso, o aprovechándolo, en el presente, en beneficio de la civilización, las fuerzas útiles que en el pasado actuaron» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 551).

Para comprender esto comencemos analizando el discurso indigenista, al respecto habría que precisar que durante la etapa de la «democracia efectiva» previo a la celebración del centenario de la independencia, la necesidad de incorporación del indio se convirtió en un tema central para Leguía.¹⁵ La impresión que dio de ser partidario de cierta forma de indigenismo a través del cual se autoproclamó como el nuevo Wiracocha, exaltando los símbolos de autoridad indígena y pronunciando discursos en quechua, lengua que desconocía (Cotler, 2005: 181), fue cambiando hacia posiciones represivas y autoritarias de carácter más discursivo que reivindicativo, esto se vio claramente durante el segundo centenario. Como lo ha resaltado María Eugenia Yllia Miranda (2011: 102) Leguía «supo calcular los grandes réditos que el uso político del pasado, de la raza y del históricamente vapuleado origen étnico del hombre andino podía generar».¹⁶ Debido a ello su proyecto político cultural hizo suyo la tradicional retórica de exaltación del pasado imperial incaico proveniente del siglo XIX. Joseph Dager (2009: 128) señala que el Perú tenía más que los otros países de América del Sur para ver su pasado con satisfacción y orgullo. Esto en la medida que le permitía a Leguía establecer un origen y continuidad del Perú desde tiempos antiguos en torno a un pasado esplendoroso. Aunque habría que indicar que el régimen del Oncenio no se identificó con lo andino a pesar de su declarado indigenismo, asimiló a los incas como parte del conjunto de la historia peruana.

Así como la historia fue útil para la construcción de un devenir histórico, la arqueología también lo fue a partir de los descubrimientos que se venían

llevando a cabo, en especial los divulgados por Julio C. Tello que tuvieron un fuerte impacto sobre el imaginario de la población (Martuccelli, 2006: 208). Esta instrumentalización del pasado precolombino le sirvió a Leguía para fundamentar la nación en torno a la arqueología. En la inauguración del Museo Arqueológico del Perú¹⁷ Leguía hará mención de la importancia de esta institución para «comprender el sentido de una civilización desaparecida y penetrar en las ideas y los sentimientos de los seres humanos que la crearon». Es así como nuestra «civilización aborigen vale y significa mucho en la historia de la civilización humana» por ello la «investigación científica de nuestro pasado, cuyo conocimiento tan necesario es para formar la unidad nacional y fortalecer el patriotismo» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 509).

Con relación al discurso hispanista buscaba el imperio espiritual de España en América, es lo que Pérez Monfort (1992: 16) llama «mantener unido en lo intemporal aquello que ya se había perdido en lo temporal». El hispanismo representó una especie de tutelaje por parte de España sobre América producto de la conquista, el cual se habría conservado a pesar de lograrse la independencia. Esta es una relación jerárquica a través del cual España buscaba mantener su influencia cultural sobre las excolonias. De ahí la importancia que tiene la noción de Madre Patria como aquella entidad histórica que incorporó un amplio territorio, y que tras un largo proceso de aculturación heredó a muchos de los países americanos algunos de sus pilares de su proyecto de nacionalidad, como fueron la religión católica, el idioma castellano, la historia, la sociedad jerarquizada y la raza.

En el discurso pronunciado por Leguía ante el Embajador Extraordinario de España señala que su participación halaga «tanto al sentimiento patriótico del Perú, y me atrevo a decir de la América toda». El español Vicente Gay (1925: 80) escribe que cuando fue presentado ante Leguía le dijo que los «españoles en el Perú son peruanos. Vengan a mí directamente como tales». Ayacucho no es interpretado por Leguía como una derrota para España porque «en el concepto universal ningún triunfo duradero se vincula a la eterna dominación de un pueblo sobre el otro sino

15 *Varietades*, 6 de diciembre de 1924. Esto se destaca en el artículo *Homenaje a una heroína de la libertad: Estatua a María Parado de Bellido*.

16 *Varietades*, 6 de diciembre de 1924. Para acompañar un artículo, se publica una fotografía de la Pampa de Quinua en Ayacucho. Paisaje rural con un campesino al centro. Se indica como fuente *Del álbum del presidente de la república*.

17 *El Comercio*, 13 de diciembre de 1924. Esta edición reproduce su discurso inaugurando el Museo Arqueológico Nacional.



más bien a la emancipación de los que, rompiendo la tutela política, saben conservar la rica herencia de saber y gloria de sus antepasados». Fue así «una crisis de crecimiento» y la capitulación militar no solo representa la carta de libertad sino también «la carta que proclama la pujanza del genio español en su prodigiosa multiplicación a través de las innumerables patrias libertadas por aquel lejano descendiente de los vascos: Simón Bolívar» (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 147).

Para el español Esteban M. Cáceres (1924: 16) «la emancipación fue un hecho necesario, pero bajo cualquier forma de gobierno, España continuó en la América, ya que españoles fueron los que se independizaron de España». Para Vicente Gay (1925: 73) Ayacucho más que una derrota observa que este hecho militar fue un triunfo:

Es como el grito de la vida del hijo cuyo primer bautismo es el de la sangre de la madre dolorida. Y no sólo con dolor materno nace el hombre, sino también los pueblos. Y lógico es que tras el dolor suenen las canciones de la fiesta. Entre estos normales, ese episodio fatal de la existencia ha marcado siempre una comunión de amor imborrable.

Con relación al hispanoamericanismo hay lo que Martínez Rianza (1994: 339) llama «la revitalización de los valores de la raza española como descubridora y civilizadora de pueblos» y la «asunción por parte de la Madre Patria del papel de abanderada en las relaciones iberoamericanas». Iberoamérica sería una especie de prolongación de la identidad nacional mayor que es la española, donde España es reconocida como la Madre Patria y las repúblicas americanas las hijas (Martínez Rianza, 1994: 343). La unidad en torno a España se sustentó en los aspectos históricos-culturales, reivindicándose el pasado colonial y los valores tradicionales lingüísticos y religiosos incluso raciales para recuperar la memoria histórica y la reconquista de ese pasado común. Esta visión lleva a cabo una reinterpretación del proceso de descubrimiento, la conquista y la colonia que permitió construir una historia común con la peruana durante trescientos años, para la forja de una comunidad iberoamericana donde España era la fuente principal.

Mundial (16 de diciembre de 1924) en su artículo *La unidad de la América Indo-Española* escribe

que la «sangre española se mezcló con la sangre india. Se crearon así núcleos de población criolla, gérmenes de futuras nacionalidades. Luego, idénticas ideas y emociones agitaron a las colonias contra España. El proceso de formación de los pueblos indo-españoles tuvo, en suma, una trayectoria uniforme». Ante el Embajador Extraordinario de España Leguía resalta que para poder olvidarnos de España habría que quitarnos «la conciencia de su religión, de la vida, de la memoria sus costumbres, de los labios la más hermosa de las lenguas modernas». Una de las más fuertes herencias españolas fue la religión católica, esta importante vía de unión del hispanoamericanismo la resaltó abiertamente Leguía en el discurso pronunciado ante el Embajador Extraordinario Pontificio Tito Trocchi al señalar que

España, que, por su solo esfuerzo, ganó la mayor parte del Nuevo Mundo para la civilización, lo convirtió también a la fe cristiana, legándonos, junto con su sangre generosa y la belleza de su idioma, una convicción católica, que hemos conservado incólume sin que nada la haya hecho desfallecer. El establecimiento de la República no modificó las ideas religiosas de nuestro pueblo (*El Perú en el Centenario de Ayacucho*, 1925: 11).

El mito de los orígenes nacionales de lo que implicaba ser peruano se encontraría así en el pasado virreinal, que se tomaría como parte de la historia propia descubriéndose en ella valores positivos. Aunque este origen de lo peruano se basa en la unión con la cultura incaica que fue tan grande y avanzada como la española, donde ambas se unirían a través de la gesta del descubrimiento, se expandiría con la conquista y se consolidaría con la colonia.

Conclusiones

El proyecto político cultural de la Patria Nueva fue de tipo estatista populista, en la cual la identidad nacional no se encontraría directamente vinculada a la raza, las virtudes geográficas, la historia o las tradiciones sino en el Estado de carácter republicano. Para ello se buscó observar las diferentes formas discursivas que asumió el proyecto político cultural del Oncenio específicamente en la celebración del centenario de la capitulación española en Ayacucho. La conmemora-

ción de este centenario marcó un antes y un después para el devenir histórico del régimen de Leguía, siendo una oportunidad no desaprovecha para consolidar su proyecto político caudillesco, para ello apeló a una reflexión cultural de nuestras tradiciones y creencias a través del uso de diversas manifestaciones públicas. Se hizo necesario estudiar los discursos pronunciados por Leguía y las editoriales, artículos y notas aparecidas en las dos principales revistas culturales y de espectáculos como fueron *Variedades* y *Mundial*.

Su proyecto progresista y modernizador con elementos tradicionalistas se observa en su diversidad discursiva, bajo una retórica que mezclaba el nacionalismo principalmente con elementos de indigenismo, hispanismo e hispanoamericanismo y el patriotismo con elementos de republicanismo y panamericanismo. Los conceptos de patria y nación fueron empleados y manipulados por Leguía para legitimar su proyecto político, en el centenario de Ayacucho fue más útil el discurso patriótico ya que una vez desmantelado el civilismo y neutralizada la actividad política independiente de los sectores medios y populares, se impuso el autoritarismo represivo y prebendista.

Referencias bibliográficas

AGUIRRE, C. (2008). *Denle duro que no siente. Poder y transgresión en el Perú republicano*. Lima: AFINED.

ALZAMORA, C. (2013). *Leguía la historia oculta. Vida y muerte del Presidente Augusto B. Leguía*. Lima: Titanium Editores.

ANDERSON, B. (2000). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

ASCARRUNZ, M. (1925). *La confraternidad Perú-Boliviana en el centenario de Ayacucho*. Lima: s/edit.

BASADRE, J. (2005). *Historia de la República del Perú*. Lima: Empresa Editora El Comercio, XX volúmenes.

CÁCERES, E. M. (1924). *España en el Perú*. vol. II. Lima: s/edit.

CARAVEDO, B. (1977). *Clases, lucha política y gobierno en el Perú, (1919-1933)*. Lima: Retama Editorial.

CASALINO, C. (2006). «Centenario de la Independencia y el próximo Bicentenario: diálogo entre los próceres de la Nación, la Patria Nueva y el proyecto de comunidad cívica en el Perú». *Revista de Investigaciones Sociales*, 17, 285-309.

COTLER, J. (2005). *Clases, Estado y nación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

DAGER ALVA, J. (2009). *Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

DELGADO, L. H. (1924). *Álbum de Ayacucho en ocasión del primer centenario de la batalla de Ayacucho*. Lima: Imprenta Rivas Berrio.

DRINOT, P. *La Patria Nueva: Economía, sociedad y cultura*. Lima: Editorial Horizonte. En prensa.

El Perú en el Centenario de Ayacucho: recopilación efectuada por la secretaria del señor Presidente de la República de los discursos pronunciados en las ceremonias conmemorativas (1925). Lima: Editorial Garcilaso.

GAY, V. (1925). *En el Imperio del Sol: en torno a los orígenes y formación del Perú moderno en el centenario de la batalla de Ayacucho*. Madrid: Blass.

GUTIÉRREZ, R. (2006). «Las celebraciones del centenario de las independencias». *Apuntes*, 19 (2), 176-183.

IRUROZQUI, M. (1994). «El Perú de Leguía: Derroteros y extravíos historiográficos». *Apuntes*, 34, 85-101.

La reelección de Leguía: porque lo dicta la conciencia nacional; porque es ella una exigencia del porvenir del Perú. (1924). Lima: T. Scheuch.

McEVOY, C. (1997). *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1971-1919)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

McEVOY, C. (2001). «Estudio preliminar». En Espinoza, Juan. *Diccionario republicano*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Riva-Agüero / University of the South-Sewanee.

MARTÍNEZ RIAZA, A. (1993). «Las buenas relaciones de dos regímenes autoritarios. El Perú y España durante el Oncenio (1919-1930)». En *Congreso Internacional América Latina ayer y hoy*. Barcelona.

MARTÍNEZ RIAZA, A. (1994). «El Perú y España durante el oncenio. El hispanismo en el discurso oficial y en las manifestaciones simbólicas (1919-1930)». *Histórica*, 34 (2), 335-363.

MARTÍNEZ DE VELASCO, A. (1981). «Relaciones hispanoperuanas durante la dictadura de Primo de Rivera: el centenario de Ayacucho». *Quinto Centenario*, 2, 175-194.

MARTUCCELLI, E. (2006). «Lima, la capital de la Patria Nueva: el doble centenario de la independencia en el Perú». *Apuntes*, 19 (2), 256-273.

MEDINA, P. M. (1924). *Ayacucho: homenaje a la magna empresa de la emancipación política, en el centenario de la*



- batalla del 9 de diciembre de 1824*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- ORREGO, J. L. (2014). *¡Y llegó el centenario; Los festejos de 1921 y 1924 en la Lima de Augusto B. Leguía*. Lima: Titanium Editores.
- PÉREZ MONFORT, R. (1992). *Hispanismo y falange*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SOTELA, R. (1925). *Crónicas del centenario de Ayacucho en Lima*. San José de Costa Rica: Imprenta M.V. de Lines.
- VARELA ORBEGOSO, L. (1924). *Homenaje al centenario de Ayacucho. La universidad y la república: alocución pronunciada en el acto del homenaje por el Doctor don Luis Varela Orbegoso catedrático de la Universidad Mayor de San Marcos*. Lima: Librería e Imprenta E. Moreno.
- VELÁSQUEZ, D. (2010). *Mutaciones del concepto patria. Perú, 1730-1866*. (Tesis inédita de licenciatura). Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- TOVAR, R. y Enrique, D. (1925). *Tierra de promisión Chimbote. Homenaje al centenario de la batalla de Ayacucho*. Editorial Garcilaso.
- VELASCO, J. M. (1923). «El centenario de Ayacucho». *Alpha*, 2, 85-86.
- YLLIA MIRANDA, M. E. (2011). «Quimera de piedra: nación, discursos y museo en la celebración del Centenario de la Independencia (1924)». *Illapa*, 8, 101-120.